

Lima, al final del Sendero

La capital peruana regresa a la normalidad ahora que la ofensiva senderista ha quedado bajo control

JAVIER ESPINOSA

LIMA.- Todavía se pueden adivinar las pintadas rojas, la hoz y el martillo, los emblemas del PCP (Partido Comunista Peruano), los vivos a la revolución que decoraban las paredes. La pintura tan sólo los hizo desaparecer parcialmente.

Sin embargo, ya desaparecieron las banderas comunistas, los seis torreones «senderistas» que vigilaban el recinto, los niños que desfilaban al son de la Internacional. Casi la mitad de la población huyó del lugar. Ahora, en pleno centro de Raucana se encuentra ubicado un pequeño cuartel del Batallón de Infantería paracaidista número 39.

«La furia baja del cielo, hasta la guerra el último cartucho», reza en grandes letras el lema de la agrupación militar. Raucana, el antiguo territorio de la «República Comunista peruana», es hoy tan sólo uno más de los muchos vertederos humanos que circundan Lima.

«Dijeron que ésta era la primera zona liberada de Sendero en Lima, pero en realidad tan sólo se trataba de una barriada donde los pobres decidimos organizarnos. Por eso nos tacharon de "terrucos" (terroristas) y el dictador Fujimori nos "aventó" (envió)», explica René Zubía Flores, antiguo subsecretario general de Raucana.

La «pacificación» de Raucana es uno de los ejemplos más preclaros del significativo avance registrado por el Gobierno peruano de Alberto Fujimori en su lucha contra el grupo armado Sendero Luminoso en los dos últimos años. Barrios de chabolas como Raucana, como Huayacán y como muchas otras áreas marginales conformaban en 1992 lo que se vino en denominar el «cinturón rojo» que amenazaba con estrangular a Lima en cualquier momento.

En Raucana todavía recuerdan aquel 24 de septiembre de 1991 cuando 50 «senderistas» del poblado encapuchados, portando banderas rojas y dinamita, se atrevieron incluso a cortar la carretera central, una de las principales vías de acceso a Lima y finalizaron enzarzándose a tiros con la Policía.

«Antes estábamos muy unidos, pero la represión logró desorganizarnos. Fue muy dura. Hubo tiroteos con los soldados, arrestos masivos, desapariciones. Detuvieron a toda la directiva del poblado y todavía hoy de los 24 integrantes, 18 permanecen en prisión. A mí me soltaron en mayo, después de dos años. En la cárcel me colgaban de las manos y me golpeaban todo el cuerpo. La verdad es que nos han vencido», declara René con cierta resignación.

Diezmado, con la mayoría de sus dirigentes en prisión, con miles de militantes que engrosaron las filas de los «arrepentidos» -más de 6.000, según cifras oficiales- y el 80% de su armamento decomisado, Sendero Luminoso ha reducido su capacidad operativa a un 20% de lo que hacía en 1990, explica un portavoz de la Dirección Nacional contra el

Terrorismo (Dincote). Con todo, la unidad anti terrorista reconoce que el grupo podría estar recomponiendo sus filas entorno al liderazgo de «Feliciano», el sucesor de Abimael Guzmán.

Calle de Tarata, en el exquisito barrio de Miraflores. 16 de julio de 1992. Nueve y veinte minutos de la noche. Es la hora de la muerte. Un coche bomba con 600 kilos de explosivos arrasa los elegantes edificios del área. Veinticinco muertos y más de un centenar de heridos es el balance final. «Fue como un terremoto. Primero hicieron detonar una bomba pequeña que provocó que muchos se asomaran a las ventanas. La explosión del coche les destrozó el rostro», cuenta Jenny de Rivera, una vecina.

El atentado de Tarata marcó el punto de inflexión de la ofensiva senderista contra Lima. La capital vivía bajo un virtual estado de excepción.

Hace poco menos de siete días, el propio Fujimori inauguró el último de los edificios rehabilitados de Tarata en lo que viene a constituir un nuevo gesto que confirma el regreso de Lima a la normalidad. Hoy, la ciudad ha recobrado su antigua vida nocturna. Más de 11 casinos se han inaugurado en los últimos dos años. Los bares y discotecas se encuentran abarrotados los fines de semana.

«Tarata fue una pesadilla, pero eso no volverá a pasar jamás. Hemos conseguido terminar con ellos», se congratula Jenny de Rivera, mientras espera que le traigan las nuevas cortinas para su apartamento.

En Raucana, la lucha revolucionaria ha sido sustituida por el diario combate contra el hambre. «Si hablas en contra del Gobierno te detienen o, simplemente, te matan. Quieren que los pobres siempre estemos oprimidos», añade René. En el comedor comunal, alguien sustituyó las proclamas comunistas por consignas cristianas. «Que la paz reine en Raucana».